

P
C

AMADO NERVO.

Por la fe se cautiva el entendimiento, para creer las cosas sublimes, que no puede entender debajo del hábito de la ciencia, y, según ellas, cree debajo del hábito de la creencia.

RAYMUNDO LULIO.

Y está, cuando está en ese gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué pide.

SANTA TERESA DE JESUS.

Y si estás sólo serás todo tuyo.

LEONARDO DE VINCI.

ANADO NERVO

Por la te se cuenta el calentamiento para crear
un coque subterráneo que no puede entenderse desde el
labio de la corona, en esta ella, crece debajo del in-
ceto de la corona.

El mundo físico

Y esta cuando está en el agua, las corrientes y ob-
serva que no puede que está en el, sino con una in-
ceto de botarlas fuera que no sabe lo que quiere ni

El mundo físico

Y se sabe solo sobre todo lo que

El mundo físico

Las ropas, de una tela como de buriel, de anti-
cuada moda y sospechoso corte, el sombrero de
seda divorciado por completo del cepillo, el cabe-
llo obscuro, lacio, mortecino, chorreado junto á
las faunescas orejas para caracterizar la nazarena
barba de cristo de Munkacsy, el color moreno
dorado de la piel, quemada por el aire candente
de las costas del trópico, el perfil anguloso, de
siervo de Dios, de santo viejo, de apolillado san-
to bizantino, que parece dibujado por el lápiz de
Constantino Guys, en un momento de mal humor,
la mirada visionaria é inmensamente triste de las
luminosas pupilas grises, el mostacho color de
caoba, velando tras las comisuras de los labios,
entreabiertos siempre por la contemplación, la
amorosa sinuosidad, reveladora de una ambigua
sonrisa, de una mansa sonrisa de hombre inge-
nuo, el nudo imposible de la corbata, el paso des-
garbado y cauteloso, el taimado continente, los

esópicos modales, toda la personalidad externa de Amado Nervo, de Amado el Magnífico, de Amado el Pacífico, de Amado el Piadoso, me produjo, al conocerle, una sensación evocadora de lo extraño, de lo fantástico, de lo funambulesco. . . .

Avizoré en él una excesiva irritabilidad nerviosa.

Hablaba mucho, con un entusiasmo imposible de contener, elevando el sonido de la voz, hasta el tono de la vociferación, haciendo visajes de polichinela, retorciendo el cuerpo, como si fuese un ofidio atormentado ó un enfermo acometido por agudos dolores de riñones. . . .

Luego de tomar asiento, encaramóse en la silla en la difícil posición de un simio antropomorfo, procediendo incontinenti, á, disertar largamente, con la elocuencia laberíntica de un Escoto Erigena ó de un Egidio Romano, agitándose en ademanes descompuestos que me mareaban, echando á volar por el aire, las cuartillas en blanco que en un cercano pupitre, yacían, esperando á un inspirado que les diese valor con sus elucubraciones.

Cuando lo abatió el cansancio, permaneció un gran rato como olvidado de todo lo que le rodeaba, dejando que su camaleontico espíritu, transpusiese, caballero en el espoleado Clavileño de la imaginación, los minaretes de arminia muselina que surgentes de escombros fabulosos, fingían las

nubes de verano, tras las vidrieras empañadas de los balcones de aquella redacción. . . .

Al verlo emparasairse en esos nirvánicos éxtasis, para tornarse después, siniestro como una pesadumbre, lúgubre á manera de una salmodia de difuntos, pensé sin querer, en los jetatores, en los fantasmones, en las noches oscuras, en las torturantes pesadillas, creí, á mi pesar, que ese altísimo panida (que parecía un espantapájaros) iba á crasitar, con acento extraterrestre, el verso aquel de Edgard Poe, aquel verso negro, cruel, como una duda, como una culpa, como una desesperanza, como un remordimiento. . . .

Never oh! never more!

Padece, con frecuentes intermitencias, abstracciones de beato, de una ideología, casi mística, que muy bien pudieran interpretarse, como vagas nostalgias de ceremonias religiosas en antiguas catedrales, en cartujas ruinosas, en ermitas olvidadas ó en yermas espeluncas.

Es que lleva en la frente la marca indeleble de Loloya.

Cuando adolescente estudió teología con notable aprovechamiento en un colegio de jesuitas llegando muy pronto á bachiller graduado. . . .

Muy poco faltó para que fuera ahora un sebón cura de aldea ó algún maligno tonsurado intricante á un canonicato ó capellanía, de esas que, con sus ahucios de vida regalona, trastornan los

apostentos de la cabeza á los cleriguillos tunos, que, pululan siempre, en torno de los obispos prevaricadores que como manzanas distribuyen cóngruas.

Las inspiraciones de su juventud primera permanecen imborrables en su mente.

Recuerda al evocarlos conmovido los claustros de los conventos embaldosados con sonoras piedras los policromos vitrales de los ventanales góticos y los domos ilustrados con frescos de dogmáticos asuntos....

Sin saberlo, se sintió artista, bajo las hornacinas de las vetustas naves al admirar el delirio de las ceras consumiéndose en ardiente oblación á los piés del crucifijo.

Sin saberlo, se sintió artista, ante el neorama de la más suntuosa de las religiones escuchando en el coro las roncas diaptosis de los monjes suggestionado por las mentiras de la regla y martirizado por el morboso anhelo de sacrificarse en las lumbreras de la zarza del Horeb!

Sin saberlo, se sintió artista, al imaginar en sus quiméricos deliquios que le sería fácil llegar á ser alguno de esos ascetas de sardónico gesto, de grueso eucologio, de vasta cogulla, que, obcecados, por la metafísica ambición de alcanzar la completa perfección religiosa, esperan siempre á la muerte, como á una redentora, disimulando, sus terrores y sus ansias, en la celda solitaria, y, en la huesa misteriosa, cavada diariamente, á la

caída de la tarde, cuando el salmo de la vida plañe los fuegos de la naturaleza, en las gargantas de los pájaros que retornan á sus nidos, en las hojas que murmuran en las ramas y en las almas de las violas que se inclinan para dormir aletargadas por los aromas embriagantes de la noche....

De ahí, que surjan á menudo, en su mente, entre las memoraciones plácidas, los recuerdos de sus meditaciones emantistas en la vasta biblioteca del antiguo seminario zamorano....

De ahí, que no olvide aún, sus horas de dulce laxitud, cuando, al repasar las sùmulas del Nacienceno, sedente en arcaico sitial, rodeado de una estelaria quietud, le embargaban el espíritu las lampas de la mortificación y le quemaban las arterias los hervores abismantes de los éxtasis ecúleos.....

De ahí, que evoque todavía, en sus ratos de absorción, los crepúsculos de aquellos días, en que, mientras el sol, como un flabelo incandescente, magnificaba orgulloso, toda la gloria del horizonte mordorado, con el infolio de San Juan de la Cruz, abierto entre las manos, perdida la mirada en el espacio, poseído de unciosa teofania, creía escuchar ritmada por las sordinas de los violines de los ángeles, una voz jubilosa, amorosa, una voz musical, que, le decía al oído, los áureos versículos del himno bellissimo de Argario....!

De ahí, que rememore ahora, los instantes en que exaltado por la delectación del más ferviente de los misticismos intelectuales, munitaba oraciones y vivía la vida de la visión y del milagro, mirando estuporoso, sobre la rocalla de los muros, en un vuelo de alas blancas, en una fantasmagórica fuga, blandiendo píxides y palmas, larga, larga, lenta, lenta, la teoría de los bienaventurados, en parvada de querubines, el hierodrama de la fe, incensado de cánticos, la cadena interminable que tomados de las manos, como guirnalda de nivosas azucenas y de candorosos lirios, formaban los hijos predilectos de Jesús, al aventurar su tránsito á las moradas de la bienaventuranza eterna.

¡La caravana....!

Clara Sciffi, cortando sus cabellos en la iglesia de la Porciuncula ante el inocente y buen Francisco, Margarita de Cortona, arrancándose los labios para hacerse fea, Rosa de Viterbo, entrando púber á la hoguera, Gudula, habitando entre las fieras, Hildegarda, elucubrando en el ayuno sus revelaciones sabias, Eulalia, pereciendo entre las llamas á la vez que su alma subía al cielo en forma de paloma.....

¡La caravana....!

Pacomio, acribillado por las puntas de los cilicios, Hermenegildo, desacatando la paterna autoridad por defender la Iglesia combatida, Besarion que permaneció cuarenta años en vigilia, Colum-

bano, á quien un oso salvaje cedió espontáneamente su caverna, Vicente, que al solo contacto de su epidermis convertía en flores los guijarros, Efrem, esterilizando con sus himnos la semilla herética, Hipólito, arrastrado entre las guijas por los caballos espantados.....

¡La caravana....!

El no podría nunca llegar á las cumbres de la perfección suprema porque como su creencia era sólo imaginativa radicaba en las impresiones del cerebro generadas por la poesía objetiva de las cosas santas.

Por eso, la oclusión de sus adolescencias contenidas, violentaba el trabajo de sus arterias, haciendo incorporarse ante su vista á la varona, auténtica, demoniaca, curiosa, funesta, hecha de risas, de lágrimas, de carne, de médula, de tentación, de pecado, con sus agresiones inevitables, sus mentirosas promesas, sus malignos escrúpulos y su matriz amovedera.....

No era un místico sino un luciferiano.

No era un creyente sino un poeta.

No era un cristiano sino un pagano.

No había comprendido las verdades de Tertuliano buscando la ciencia del cristianismo en un amor, sencillo, exclusivo, hacia el dios imponente de los ultrajados, de los infamados, de los abyectos, que, soporto, impetrando redención, vejaciones en el alma, latigazos en la espalda, escupitajos

en el rostro, vinagres en la boca y espinas en la frente. . . .

Por eso, su musa, la amada unguida de ungüentos para las nupcias siderales verificó su primera epifanía, en el sensorio del bardo, al tremor ascendente de los gritos del órgano, al fulgor sangui-nolento que alumbraba los retablos circuidos por exvotos de fanáticos y á la mágica escintilación de los candiles flecados de lágrimas de vidrio. . .

Por eso, su musa, la devota vestal encendedora del fuego apacible de sus células, aleteó solícitamente, al lado del poeta, para obstar con su peplum desplegado, los misales de iniciales rojas que lo llamaban desde los viejos facistolos y las custodias fulgurantes que hacían reverberar sus rayos al resplandor untuoso de las lámparas votivas. . .

Por eso, su musa, abatió en el ara de su culto al redentor sacrificado en el madero, protestando colérica, contra las locuras del vate extraviado que intentaba trocar las uvas de las viñas ana-creonticas por las verdolagas de los ayunadores que se suicidan paulatinamente en el cenobio. . . .

Afortunadamente el fauno que equivocó el templo de Amatunta con la casa de María, el exconverso que iba á misa enajenado por intensos enteo-casmos, el soñador que se creyó cristiano, por que, confundió el bríal bordado de lises de las vírgenes emparedadas en los nichos, con la vestidura, que, al caer, descubre el esplendor corporal de la Venus de Milo, el falso teófilo, que tras

las luctruosas ondulaciones de la sotana ocultaba á un fraile atormentado por la satiriasis, como Claudio Frollo, se ha levantado, al fin, del lecho de carbones encendidos donde lo tenían postrado las fiebres teológicas, y, curado, casi por completo, del báculo místico, que, es el peor de los microbios, se muestra con la conciencia tranquila, como lo que es, como un artista exquisito que admira á los héroes y á las heroínas de las leyendas celestes sin preocuparle gran cosa los calvarios y los milagros que les valieron ser consignados en el martirologio.

Tenía que suceder así en un hombre de temperamento tan sensual como el suyo en quien la mirada provocativa de una muchacha insubstantial el falso pudor de alguna zangolotina ó los remilgados alardes de cualquiera hipócrita bastan siempre para hacer vacilar al severo Rance que adentro cree llevar en provecho del libertino Mañara que habita en realidad su cuerpo ocupando en él la mejor parte. . . .

Caballero incontinentemente enamorado, paladín nunca decepcionado en las aventuras del sentimentalismo, trovero amador de la bandola, de las estrofas bellas, me ha repetido infinitas veces, combatiendo acalorado mis más contundentes argumentos que á su juicio sus mejores versos son los que le han valido el amor de las mujeres.

No es de creerse.

A pesar de su propensión casi enfermiza á los extravíos eróticos su donjuanismo no ha hecho germinar flores de sangre en la confluencia de los muslos de ninguna lastimosa Elvira.

Es inofensivo.....

Por eso cuando discutimos ante los esfuerzos de mi lógica por llevar la duda á su ánimo exaltado retrocede cobardemente disculpando su miedo con una frase muy hermosa.

—¡No quiero romper mi juguete!

Viven latentes, en su recuerdo, las zarcas tardes del pintoresco villorio del puerto mazatleco á cuyas playas rumorosas lloró con Chateaubriand en noches durídicas cuando en la gruta siderea asperjaba Urania toda la pedrería de sus joyeles mientras abajo roncaba el viejo océano como un león enfurecido.....

Es un trabajador infatigable.

Por temperamento pertenece á los muy pocos que creen en el porvenir, esperándolo todo del esfuerzo personal, sin desconfiar de sus energías, sin conformarse con un zancarrón del becerro de oro, ni preocuparse temerosos, de las agresiones de los sicarios de la inteligencia, de la justicia, de la dignidad, asalariados por los logreros zátrapas de la estratocracia que nos agovia....

Ha logrado tener amigos que sinceramente lo amen, porque, es bueno, realmente, no por estupidéz, ni por hipocresía, ni por vanidad calculada, ni por temor, como tantos zaragates, verdade-

ros monos cruzados, que, histrionean por los lugares donde suponen poder mistificar á los incautos, sino, por bondad natural, por una misericordia refinada en la experiencia y en el convencimiento íntimo de que en el mundo hay muchos perversos, muchos equivocados, muchos pequeños, que no valen la pena de un escarmiento, de un castigo, de un odio, de un desprecio.....

Su presencia en un grupo marca la nota del aticismo, por más, que, al charlar, casi nunca lo hace defendiendo ideas que sinceramente le preocupen, pues, sucede á menudo que arrastrado por la forma de la dialéctica defiende causas en las que nunca creyó caricaturando su vigorosa elocuencia con los silogismos ridículos la duras palabras y los espinosos epigramas que tanto desprestigian á los oradores desprovistos de sinceridad.....

Las severas poesías que sin serlo, llama él, místicas, no integran, ni con mucho, un sugestivo antifonario, antes bien, son tiernas baladas impregnadas de mundana pasión, poemas abstractos de un alma llena de inquietudes, quejas de un corazón dilacerado.

Leyéndolas se siente uno herido por la impresión que arranca en el espíritu lo que de sentido, de trabajado y de pensado tienen.....

Su técnica perfecta desarrolla todos los placeres cerebrales que busca el admirador culto en el buen libro.

Las sensaciones acumuladas en ellas responden propicias á los acordes de la inmensa lira humana.

Sus versos románticos, la primera floración de su talento, aunque no son malos, ni mucho menos están muy lejos de ser suficientes para formar una completa personalidad literaria.

Hay en ellos mucha simplicidad de intención, desaliños casi imperdonables, falsedades muy graves y asimilaciones intuitivas que descubren su gentileza alguna y con desvergonzado enfatismo los relieves de los modelos.

Hay en ellos mucha pobreza de concepto filosófico, de discreción artística, de color local y de vigor juvenil.....

Antójanseme una masturbación de impuber tendida á través de cien páginas primorosamente impresas.

Cuando los escribió ignoraba que metrificar una idea es lo mismo que acuñar una pirita de metal precioso.

La estética no había dejado caer aún sus bigotes en el cabello abatido del coplero!

Amado Nervo, lo mismo que sus desacreditados colegas los teorizadores afiliados á la escuela literaria, del llamado decadentismo, se preocupan más por el éxito inmediato de su obra poética que por el progreso verdadero de ella, incurriendo, al obrar así, en un error que al perseverar en él tendrá ineludiblemente que reportarle pe-

juicios muy grandes y acaso irremediables por que es indudable que en literatura el pasado siempre justifica el presente para que éste á su vez avalore el porvenir.....

No pretendo que involucone incesantemente siguiendo el ejemplo del protervo discípulo del descomunal barrigudo en cuyo vientre pudieran inscribirse los signos del Zodiaco.....

No pretendo que involucone incesantemente siguiendo el ejemplo del protervo discípulo del vanidoso que lleva grabado en la ceñuda frente como una maldición el beso amarillo del orgullo.....!

No pretendo que involucone incesantemente siguiendo el ejemplo del protervo discípulo del catedrático que en no remoto tiempo fué ignominiosamente lapidado por una juventud viril..!

No pretendo que acorde su lira al rumor de los borborigmos de Luis Urbina...!

Ese viejo versista cuyo lúmetro no da una encalabrinada quintilla de Juan Peza es un maduro caso de desequilibrio cerebral originado por una ignorancia de troglodita que pasma hasta erizar el vello en calofrios y enfriar el corazón como un carámbano!

No le aconsejo que como el recalcitrante intonso á que me contraigo lea diariamente los libros de Copeé profanados en malas versiones castellanas.....

Creo que á pesar de sus vergonzosas caídas

exceptuando á Efren Rebolledo es el primer poeta de los de la generación modernista que en nuestro suelo ostenta con orgullo las escarapelas multicolores de los sud americanos.

Por eso, me afigiría mucho, verlo caer, de fracaso en fracaso, hasta llegar á ser, un monótono sinfonista, un ingenio cursi, una tísica gallina, reducida á aovar los huevos generados en sus entrañas, por el gallo galo, como Juan Tablada, ese principillo telepático, con blasones de talco, de las letras patrias que para perdurar su poco envidiable gloriola tendrá irremisiblemente que hacerse charlatán en el comercio como lo ha sido en el arte dedicándose á un oficio menos ingrato que el de confeccionar espinelas superfrolíticas.

Por ejemplo:

A escribir una gramática para hacer hablar á los hipocampos.....!

A inventar un específico para teñir el pelo....

A componer una infusión de gordolobo para curar el romadizo en las narices de los maridos cornudos!

A conquistar el honroso título de flebotomiano.....!

A fabricar supositorios contra la leucorrea....!

Sería muy triste que lo mismo que el desprestigiado japonista llegara á verse obligado á dar vueltas á la manivela de un organillo para di-

vertir á los patanes de las plazuelas beodos de vino agrio y mal tabaco.

En los asuntos al arte atañedores los alifafes de esas neoterias tienen la duración de los relámpagos.....

Procure ser siempre él sin olvidar nunca que la mayor mácula que puede pasar sobre un artista es la abdicación de la personalidad propia.

No van más que á la casa de orates los maestros pedantes que á modo del apócrifo orientalista á que me he referido arriba ofrecen el ponsoñoso ajenjo á sus discípulos diciéndoles sin experimentar rubor:

—¡Bebed esa es mi sangre.....

Lamentaría yo mucho que un rimador de tan gayo intelecto como él acabase por hacer una mater dolorosa de la poesía clavándole en el pecho siete agujas de Pravatz.....!

Este poeta, retraído, voltario, enfermo, tan profundamente contagiado de las dolencias de Durtal, era, enterando las premisas de su primera educación en las tendencias de su natural meditación el llamado á escribir en México y en nuestra época la novela en que tan grandes triunfos ha conquistado entre otros autores el insigne Juan Valera.

No ha sucedido así.

Su estado intelectual es una continua hipersensibilidad.

Su sensibilidad moral atormenta siempre á su

imaginación poblándola de castas y obscenas apariciones.

Es un manojo de nervios tocado al polo magnético de las concupiscencias.

En sus arrobos místico-sensuales deja caer la diestra sobre el kempis á la vez que oculta la siniestra entre las páginas locamente libertinas de Gabriel D'Annuncio.

Invoca á Jesucristo pensando en el marqués de Sade é implora las interpretaciones bíblicas de Salomea de Cracovia memorando las prostituciones de las hetarias que consignaban su nombre y su precio en el muro cerámico de Alejandría.....

Es blasfemo hasta el grado de pensar polucionándose en el misterio de Santa María!

El monje que lleva los mirtos del deleite en su cráneo calvatrueno, los cabellos de la tórtola Eloisa, en las engarzaduras del rosario, las manchas de la impureza, en los pliegues del zayal, el aseta congojoso, que, eleva su alma al Paracleto, en tanto que sus piés se hunden en el légamo de la tierra, escribió y con buena suerte publicó, un romance lujurioso del que ocuparme quiero en unas cuantas líneas á pesar de que á mi juicio más parece, un deforme muevedo, una desaliñada gallofa, que un ensayo viable de novela.

Es un cuaderno en el que infelizmente se pretende plantear el problema teológico, ese rico fi-lón para los eruditos y los verdaderos psicólogos,

que, en México y en nuestro siglo ateo, va siendo casi inexplotable, no por que su agotamiento sea radical, sino, entre otras varias causas, por impericia ó apatía de parte de los escritores y por la culpable indiferencia con que el público acoge los trabajos verdaderamente meritorios en todos los casos á las bellas letras relacionados.

Encuentro muchos graves defectos y no pocas cualidades de primer orden en esa corta producción.

Hago notar como principales entre los primeros, su pequeñez (porque un asunto de importancia tan trascendental aborta en cuarenta hojas) y el desenlace, aquella horrenda consecuencia, aquel crimen de los crímenes que no puede en manera alguna desprenderse como efecto de las situaciones que con primor digno de mejor empleo bosquejó el literato en los primeros capítulos.

Entiendo que el romancero por excelencia será el que se asemeje más á Galdós, á Zola, á Dickens, á Balzac, el que haga arder su fósforo, como una mirra, en el altar de la verdad, el que, previéndolos, investigue los fenómenos psíquicos, para aplicarlos luego á la realidad, tal como la perciba su observación personal, sin escrúpulos, sin temores, sin vacilaciones, el que, asqueado del eufemismo que no es más que una hipócrita transacción para perdonar los vicios de la burguesía llame á las cosas por sus nombres de crisma.

Así fueron cronistas Dubois y Brantome!

Así fueron célebres Revelais y Maclisius. . . .!

Así fueron geniales Flaubert y Maupassant. . . .!

El libro es una fuerza que usada como elemento de progresión cumple una misión augusta.

Siendo únicamente un entretenimiento relaja su misión suicidándose en los folletines del periódico ó engrasándose en las manos de las solteras.

El trabajo de Amado Nervo, me encanta en su forma externa, en lo demás, no me dice nada nuevo ni me enseña belleza alguna, la parte llamada original (que no lo es) me parece una exageración innoble, una insensatez indisculpable, una monstruosidad sin nombre, el procedimiento, me agrada, en el principio, veo que abunda en paisajes tropicales, plenos de sol, ricos de armonía, de encanto, de calor, al estudiarlas, creo que, las montañas, son montañas, las praderas, praderas, las gentes, gentes, y, las costumbres, costumbres.

Muchas de sus descripciones de la vida campesina son dignas de compararse con las que hacen los escritores españoles.

Tan ardientes tan bien hallados están el fuego que las calienta la viveza de sus coloridos la picardía de sus pláticas y la gracia genuinamente latina de sus proporciones.

El idilio empieza admirablemente.

La muchacha aunque sólo aparece entre bastidores es muy linda muy sana y muy mujer.

El tío tiene toda la complexión de un rústico de buena laya.

Un Romero, un Garnica, un Villagrán.

El protagonista que debiera ser el más complejo, el mejor caracterizado, en el supuesto de que en él gravita toda la intención de la fábula, es un mal tipo de papamoseas, sin bravura, sin elación, sin virilidad ninguna y lleno de contumelias de quintañona mogigata.

Desaparece por completo entre las faldas de Asunción de esa mocetona que beneficiada en el lecho se convertiría en una fecundísima Cibeles.

¡Es un mentecato!

El epílogo, es brutal, al surgir cuando menos se piensa, como la liebre del refrán, ilógico, al considerar que de las fuerzas principales que pone el juego el novelador en su plan expositivo no podía deducirse, en modo alguno, un fin tan horripilante, capaz de hacerle nacer los pelos á un calvo sólo para ponérselos de punta y antifi-siológico porque en las animales circunstancias en que se hallaba colocado el malaventurado personaje era materialmente imposible la consumación del delito.

La ictérica castidad del joven, no fué más que un aspecto de la punzante obsesión erótica que padecía, de la neuropatía que exaltaba los impulsos de su carne, y, no es admisible, por ninguna lógica ni por ninguna teología que un tímido, un cobarde, un pobre de espíritu, como él, en el

momento en que la naturaleza, con dura mano le impone el tributo de sus fueros, se revele enérgicamente y los defraude con heróico esfuerzo de voluntad, estando en propicias condiciones físicas para cumplirlos, sólo porque hay en una mesa una cortante plegadera y un capítulo del padre de la iglesia cuyo ominoso ejemplo fué causa de las aberraciones asquerosas de los valecianos y otros muchos impostores.

¡Apelar á recursos tan chavacanos para desenlazar la trama de un libro es indigno de un escritor de los talentos del que critico.

Según el autor su interfecto imitó el gran error de Orígenes en el momento en que sus instrumentos masculinos iban á hacer su oficio violentados por las caniculares caricias de la impulsiva.

Esa mentira es imperdonable en el supuesto de que al emascularse en su furor de castidad el grande hombre no se encontraba en el caso de frustrar la rebelión de una fuerza genital irresistible.

En mi sentir, Amado Nervo, sólo ha bosquejado malamente un tipo antipático en un conato subjetivo de romance sin conseguir dejar satisfechos ni á los exquisitos ni á los burdos... ni á ninguno!

No niego que tras la concepción atareada del volumen, se traslucen las exigencias de la labor periodística, pero, esa atenuante que sin discu-

tir, aceptamos sus amigos y compañeros, no ple-nipotencia nada, ante las insolencias del lector que paga, ese odioso amo que por unas cuantas monedas tiene adquirido el derecho de exigir al productor que tenga intelecto á su modo aunque ese sea muchas veces analfabético y no valga ni el centavo con que el periódico se adquiere.

La historieta es inmoral por que el hecho realizado por el bachiller viola las leyes naturales que están por encima de la religión, de la sociedad, de la educación y del egoísmo.

Todo aquel que no difunde la fuerza é inteligencia que en suerte le han tocado en pro del bien común y para soliviantar la perfección de la conciencia universal es un perverso de la peor especie.

El hombre, lo mismo que la hembra, al no cumplir los indeclinables deberes sexuales que la madre de todos les ha impuesto en la familia humana, la contravienen, aviesamente, haciéndose acreedores como gafosos á la execración del linaje á que en hora menguada pertenecieron.

Sin embargo, en otra hipótesis, analizando la obra desde el punto de vista, en que probablemente se colocó el narrador al producirla, juzgándola con bondadoso optimismo, sin fisgoneos de crítico zahorí, se puede llegar, sin grande esfuerzo, á la conclusión, de que es moral, pues, colcándose en el medio pseudomístico en que se efervescían los fermentidos ideales del empecata-

do Felipe y aceptando que él perseguía un noble anhelo (así lo creyó en su locura) era disculpable, consecuente y hasta lícita la enormidad que determinó el malhadado impulso aquel.

Toda acción, mala ó buena, debe estudiarse en sus elementos primordiales, justipreciando la cantidad de bondad ó perversión que entrañen las potencias iniciales generatrices, lícitas ó ilícitas, explícitas ó implícitas que la produjeron y la amplificaron hasta ponerla en el punto de culminación en que ella haga evidente la densidad de su consistencia integrante ya sea haciéndola sentir en una normalidad perfectamente equidistante ó en una anormalidad reñida por sus corruptelas con la verdad y con la justicia que son las fuentes de las garantías de los más preclaros intereses de las humanidades inteligentes.

El divino loco Don Quijote no fué nunca inmoral por más que cometiese actos que en su significación lata y por las responsabilidades que contraían ante el fuero de las leyes constituidas lo eran á todas luces.

Sea la verdadera ética, la alta ética, la absoluta, no la temporal, el complemento de la láica estética, el toque final que contribuya poderosamente á patentizar sus bellezas, pero no, el punto capital á que deban orientarse las ambiciones del artista de raza pura, por que, entonces, haríamos de la cátedra de las ideas, un púlpito de obscurantismo tempestado de excomuniones, una

forja de cadenas para el pensamiento, un tribunal de inquisición, en fin, en el que serían condenadas las nueve musas con perjuicio de todos los derechos de todas las filosofías de todos los entusiasmos y de todos los ideales!

Carlos Baudelaire, que á pesar de las calumnias de sus detractores, fué un genio de evocación insuperable que pudo crear un arte nuevo en una época senil en la que sólo se escuchaban las toses de unas letras caducas que se habían nutrido á las mamas de la hiena romántica, Baudelaire, que tuvo el singular valor de romper los moldes primitivos que hacían defectuosas las elegías de los bohemios melencólicos, Baudelaire, que tenía un reino y acuñaba moneda con su busto según el exacto simil de Teófilo Gautier escribió una máxima que en cuestiones como la que á debate he traído puede muy bien llegar á ser un evangelio.

Dijo el amigo de Teodoro de Banville:

Si el poeta persigue un fin moral mengua su fuerza poética no siendo aventurado apostar que su obra será mala, la poesía, so pena de muerte no puede asimilarse á la ciencia ó á la moral porque su objeto es ella misma.

Amado Nervo, en los trabajos que se ufana, por ostensible ventolera, en llamar místicos, si bien, con la sabiduría de un mosaísta amalfitano, si bien, con la teosofía de un cenobiarca medioeval, no ha logrado aún, alcanzar la

indulgencia de las rosas franciscanas, poniendo una clara lágrima de la hermana Emerich en el vaso lacrimatorio en que han llovido como estrellas los llantos que ofrendan á la virgen de los puñales los fieles discípulos del buen samaritano.

Sin embargo.....

La estrofa la verdadera acaso la única dualidad de los modernos artífices lo guiará amorosamente por el peligroso camino que ha emprendido.....

Al fin de la peregrinación sobre su noble pecho abrirá los cuatro pétalos cabalísticos el trébol inmortal y llamas de misteriosos luceros encenderán divinos fuegos en sus ávidas pupilas.....

El caballero del penacho negro va hacia donde sale el sol al galope alígero de su caballo....

JESUS E. VALENZUELA.

El que vive más de una vida debe morir también más de una muerte.

OSCAR WILDE.

La voz de la naturaleza está en todo poeta por subjetivo y abstruso que sea. Su estilo, es decir, su ritmo, tiene algo de la voz universal, es una parte de esa voz misma.

LEOPOLDO LUGONES.